

**DONALD
SASSOON
SÍNTOMAS
MÓRBIDOS**

ANATOMÍA DE UN MUNDO EN CRISIS

CRÍTICA

DONALD SASSOON

SÍNTOMAS MÓRBIDOS

Anatomía de un mundo en crisis

Traducción castellana de
Héctor Piquer

CRÍTICA
BARCELONA

Primera edición: enero de 2020

Síntomas mórbidos. Anatomía de un mundo en crisis
Donald Sassoon

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *Morbid Symptoms. An Anatomy of a World in Crisis*

© Donald Sassoon, 2020
International Rights Management: Susanna Lea Associates

© de la traducción, Héctor Piquer Minguijón, 2020

© Editorial Planeta S. A., 2020
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
Crítica es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

editorial@ed-critica.es
www.ed-critica.es

ISBN: 978-84-9199-183-0
Depósito legal: B. 26.793 - 2019
2020. Impreso y encuadernado en España por Huertas Industrias Gráficas S. A.

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

Índice de contenidos

<i>Prólogo</i>	11
1. Lo viejo muere	15
2. El aumento de la xenofobia	25
3. El declive del estado del bienestar	77
4. La caída de los partidos establecidos	107
I. La crisis de la socialdemocracia tradicional	107
II. Los partidos «desagradables»	128
III. La «extrema» izquierda: el caso Corbyn	168
5. El hegemón estadounidense	197
6. Los relatos europeos	219
7. ¿Implosiona Europa?	243
8. ¿Hay esperanza?	271
<i>Notas</i>	285

Lo viejo muere

En una cárcel fascista de Turi, en el sur de Italia, en 1930, un año después del Crac del 29, ocho después de la marcha sobre Roma de Mussolini y tres años antes de la llegada de Hitler al poder, el líder del Partido Comunista Italiano (PCI), Antonio Gramsci, escribió esta famosa reflexión: «La crisis consiste, precisamente, en que lo viejo muere y lo nuevo no puede nacer, y en este interregno aparece una gran variedad de síntomas mórbidos».

¿Siguen siendo vigentes las palabras de Gramsci para describir la situación actual, más de ochenta años después de su muerte, ocurrida en 1937? No estamos en los años treinta ni a las puertas del fascismo. La democracia liberal está presente en más países que nunca. Puede que el desempleo haya aumentado en comparación con los años dorados del auge de posguerra, pero la recesión global de 2007-2008, a pesar de su gravedad, no ha sido en ningún sitio tan catastrófica como lo fue el Crac de 1929, al menos de momento. Para Gramsci, la crisis —cuando lo viejo se muere y lo nuevo todavía no ha nacido— era una «crisis de autoridad», donde las clases dominantes perdían terreno, el consenso que las afianzaba desaparecía y su control ideológico sobre las masas se esfumaba. Estas masas, decía Gramsci, dejaron de abrazar las ideologías tradicionales y se volvieron progresivamente más cínicas y escépticas. Dejaron de confiar en las élites, y estas lo sabían. Pero lo «nuevo» seguía siendo imprevisible. Tradicionalmente, los marxistas veían las crisis como una oportunidad para un cambio radi-

cal. Gramsci, mucho más cercano a nosotros, es menos optimista. La coyuntura que describía era un «interregno» rebosante de «síntomas mórbidos», y no una situación potencialmente revolucionaria. No descartaba un retorno a lo viejo, pero esperaba (desde lo que él llamaba el «optimismo de la voluntad», en oposición al «pesimismo del intelecto») que los síntomas mórbidos diesen una oportunidad al progreso.

La característica principal del interregno entre lo viejo y lo nuevo es la incertidumbre. Es como cruzar a nado un gran río: dejas atrás la margen vieja, pero apenas distingues la otra orilla. Las corrientes pueden hacerte retroceder y no descartas morir ahogado. Incapaz de anticipar lo que sucederá, te invaden el miedo, la angustia y el pánico.

Un crítico de Gramsci podría aducir que, cuando el italiano escribió estas palabras, en su país ya había aparecido algo «nuevo» no deseado: el fascismo. Un «síntoma mórbido», sin duda, pero también una nueva forma de estado que gozaba de cierto consenso popular. El viejo estado liberal se había evaporado, las esperanzas alimentadas por la revolución de Octubre se habían desvanecido y las ansiadas revoluciones a lo largo y ancho del continente no habían llegado a materializarse.

Al acabar la Gran Guerra, los revolucionarios, que habían albergado la esperanza de repetir en buena parte de Europa los logros de los bolcheviques, salieron claramente derrotados. La revolución húngara liderada por Béla Kun en 1919 fue violentamente sofocada. En Austria, los consejos de soldados y obreros (los sóviets) encabezados por comunistas no consiguieron acabar con la naciente república burguesa. En Alemania, la revolución espartaquista de 1918 y 1919 fue reprimida de manera sanguinaria por el Freikorps (una organización paramilitar de extrema derecha) bajo el liderazgo del dirigente socialdemócrata Friedrich Ebert, y los cabecillas espartaquistas Rosa Luxemburgo y Karl Liebknecht fueron asesinados. En Italia, el *biennio rosso* (el Bienio Rojo de 1919 y 1920), como llegó a conocerse la ocupación de fábricas y los disturbios campesinos a lo largo de esos dos años, terminó en fracaso. Mussolini fue nombrado primer ministro mientras sus seguidores marchaban sobre Roma (el 28 de octubre de 1922) y, pocos años después, se estableció la dictadura fascista.

Menos radical fue lo ocurrido en Francia, Estados Unidos o el Reino Unido. En 1920, los estibadores británicos se negaron a cargar barcos destinados a intervenir militarmente contra el régimen bolchevique. En 1926 se declaró una huelga general que solo duró nueve días, aunque los mineros continuaron la lucha durante unos meses. Finalmente, obligados a rendirse por falta de comida, volvieron a las minas. La clase dirigente británica se mantuvo más firme que nunca. En Francia, la moneda se devaluó y se sucedieron varios gobiernos, pero no se produjeron más que algunos disturbios tras la oleada de huelgas de mayo de 1920.

En 1921, en Virginia Occidental, Estados Unidos, tuvo lugar uno de los conflictos obreros más importantes de la historia estadounidense, la batalla de Blair Mountain, en la que participaron diez mil mineros armados.¹ El Ejército intervino y reprimió la huelga, que se saldó con decenas de trabajadores muertos. Después, la violencia recuperó sus niveles habituales. Pocos estadounidenses conocen este episodio. Apenas se menciona en novelas, canciones o películas.

La izquierda había sido derrotada en todos lados, pero gran parte de lo viejo había desaparecido (el régimen zarista, el Imperio Austro-húngaro, el Imperio Otomano) y aparecía algo «nuevo» (la URSS, Yugoslavia, Hungría, Austria, Turquía).

Estados Unidos no tardaría en embarcarse en el New Deal. En China, el gobierno nacionalista encabezado por Chiang Kai-shek, tras derrotar a varios caudillos y matar, en 1927, a cientos de comunistas (otrora sus aliados), consiguió hacerse con el control de casi toda China.

Después de la revolución de Octubre no surgieron más regímenes comunistas (exceptuando Mongolia). Los comunistas estaban vetados, prohibidos o eran incapaces de salir de la irrelevancia política, salvo en Alemania (aunque los nazis acabaron pronto con ellos) y en Francia. Durante el período de entreguerras tampoco hubo revoluciones socialistas. En vísperas de la segunda guerra mundial, los gobiernos autoritarios de derechas dominaban gran parte de Europa. En 1923, en Bulgaria, una sublevación militar desembocó en la dictadura del rey Boris. En Albania, un cacique local, Ahmed Zogu, tras hacerse con el poder en 1924, se convirtió en el rey Zog en 1928. El

país ya era un estado policial consolidado cuando, después de la segunda guerra mundial, los comunistas lo transformaron en un estado policial aún más represivo bajo el mandato de Enver Hoxha.

En 1935, Polonia también se había convertido en una dictadura militar *de facto*. En Lituania, Antanas Smetona, que había accedido al poder en 1926, implantó un sistema de partido único en 1932. En 1929, en Yugoslavia, el rey Alejandro encabezaba un régimen autoritario. En 1934, en Estonia, fue el turno de Konstantin Päts de convertirse en dictador. En 1938, en Rumanía, Carlos II obtuvo plenos poderes y acabó siendo un dictador de hecho. Ese mismo año, en Letonia, el antisemita Kārlis Ulmanis organizó su propio golpe de Estado en Letonia. Y en todo el período de entreguerras, y hasta 1944, Hungría estuvo gobernada por el almirante Miklós Horthy, quien, al igual que Mussolini, introdujo leyes antisemitas en 1938.

En Europa occidental también hubo dictaduras: la Italia fascista, obviamente, a la que siguieron la Alemania nazi, la España de Francisco Franco, el Portugal de António de Oliveira Salazar y la Grecia de Ioannis Metaxa. En la década de 1930, y presionado por el cuasifascista Movimiento Lapua, el gobierno finlandés promulgó una serie de leyes anticomunistas destinadas a prohibir publicaciones y arrestar a líderes comunistas y socialistas. En Austria, Engelbert Dollfuss asumió poderes dictatoriales en 1933 y, apenas un año más tarde, fue asesinado por elementos pronazis. La dictadura se prolongó hasta la anexión del país por Hitler, en 1938.

La Europa anterior a 1945 vivía esclava de los autoritarismos de derechas.

Gramsci hizo en prisión lo que todo revolucionario inteligente siempre debería hacer: reflexionar sobre las causas de su derrota. También escribía a la sombra de lo que parecía el mayor revés sufrido por el capital: el gran Crac del 29. Para algunos, fue como si la tan esperada y augurada crisis capitalista hubiese hecho por fin acto de presencia. Sin embargo, la izquierda fue incapaz de volver a escena. Las clases trabajadoras se hallaban en una situación calamitosa.

En la década de 1930, los índices de desempleo eran verdaderamente terribles: un 17,2% en Alemania, un 22% en Estados Unidos,

casi un 20% en Canadá y Australia, un 16% en Austria, un 15% en el Reino Unido y un 12% en Bélgica.²

En 2017, el desempleo, sobre todo el juvenil, también era un problema. En la Unión Europea (UE) alcanzó un promedio del 8% (y un 20% entre los jóvenes). En la eurozona registró un porcentaje algo mayor: 9,4%. Especialmente grave fue en España (con un 17,4% de promedio y un 40% el juvenil) y en la mayoría de los países balcánicos (un 25,8% en Bosnia, un 22% en Macedonia, un 17,7% en Montenegro, un 15% en Albania y un 14,4% en Serbia; Croacia, en cambio, con un 11,5%, se mantuvo a la par que Italia). Pero en la mayoría de los antiguos estados comunistas, el desempleo registró valores similares a los de la Unión Europea, desde un 9,4% en Letonia y un 9% en Eslovaquia hasta un 4,2% en Hungría y un 3,2% en la República Checa. No tan bien les iba a Chipre (11,9%), Portugal (11,2%), Italia (con un 11,6% de promedio y un 30% entre los jóvenes) y Francia (con un 9,9% y un 20%, respectivamente). Grecia fue un caso especial, con una tasa de desocupación de más del 23% (y el 40% entre los jóvenes). Finlandia se mantuvo justo por encima de la media de la UE, y Suecia, justo por debajo. Canadá e Irlanda registraron índices de desempleo de algo más del 6%; Israel, Rusia y Nueva Zelanda, justo por encima del 5%; Estados Unidos, el Reino Unido, China y Suiza, menos del 5%; Alemania, solamente un 3,8%; Japón, apenas un 2,9%, y Singapur, un escaso 2,1%.³ El panorama es dispar y la falta de trabajo sigue siendo un problema serio (sobre todo para los jóvenes) que puede redundar en beneficio de los partidos xenófobos. Sin embargo, como evidencia el hecho de que, en algunos países de Europa del este, una extrema derecha fuerte convive con una relativa bonanza laboral, no parece que pueda establecerse una relación directa entre el aumento de los partidos extremistas y los índices de desempleo en general.

La situación del empleo hoy no es buena, pero no tiene nada que ver con la de los años treinta del siglo pasado. Con todo, también nos enfrentamos a «síntomas mórbidos», como la aparición de gobernantes autoritarios elegidos democráticamente en gran parte de Europa oriental (Viktor Orbán en Hungría), en Rusia (Vladimir Putin), pero también en Occidente y otras latitudes, con el incalificable Trump en

Estados Unidos, o Israel, donde Benjamín (Bibi) Netanyahu está sometido a constantes investigaciones por corrupción.

Después está la falta de apoyo popular a los partidos políticos establecidos que han gobernado Europa desde 1945, principalmente la izquierda socialdemócrata tradicional, pero también los partidos conservadores tradicionales, y el aumento de la xenofobia en gran parte de Occidente.

Por último, asistimos a la desintegración del «sueño europeo», es decir, de la idea de que una Europa fuerte y sólidamente constituida podría afrontar, unida, los desafíos futuros. Apenas quince años más tarde de que el estadounidense Jeremy Rifkin, un gurú abonado a los telediarios y casi siempre errado, anunciara que Europa estaba «eclipsando silenciosamente el sueño americano»,⁴ el Reino Unido —y la Unión Europea— está lidiando con el *brexít*, España se enfrenta al separatismo catalán, Grecia tiene ante sí un futuro todavía más duro si cabe, a Bélgica le cuesta formar gobierno y mantener unido el país, y, en Italia, los nuevos amos son los partidos euroescépticos.

Este libro no ofrece soluciones, aunque sí algo de desesperanza. Se centra en Occidente, pero los «síntomas mórbidos» abundan por doquier, como Narendra Modi, en la India, un país en pleno desarrollo económico donde todavía impera una inmensa pobreza y donde, en 2016, según las estadísticas oficiales, una mujer fue violada cada trece minutos, una recién casada fue asesinada por la dote cada sesenta y nueve minutos, y diecinueve mujeres fueron atacadas con ácido cada mes.⁵ En Turquía tenemos a Recep Tayyip Erdoğan, elogiado en sus inicios por todo el mundo —incluidos el *Financial Times* y *The New York Times*— y hoy denostado no sin motivo. Y en Turkmenistán vemos cómo Gurbangulí Berdimujamedov es reelegido presidente en 2017 por tercera vez con el 98 % del voto popular —en una vida anterior había sido el cabecilla del Partido Comunista Turkmeno—.

En Brasil tenemos a Jair Bolsonaro, un nostálgico de los viejos tiempos de la dictadura, homófobo confeso, misógino, partidario de la tortura, racista... Lo tiene todo para triunfar.

En Sudáfrica ha presidido la república Jacob Zuma, un polígamo acusado de violación y corrupción al que su propio partido obligó a dimitir. Su sucesor, Cyril Ramaphosa, es un antiguo líder sindical

reconvertido en millonario y miembro del consejo de administración de Lonmin, la compañía minera británica que, en agosto de 2012, llamó a la policía para que sofocara una huelga en Marikana que se saldó con 34 mineros muertos y 78 heridos.

En Filipinas tenemos al peligroso psicópata Rodrigo Duterte, a quien Donald Trump ha elogiado por ejecutar extrajudicialmente a consumidores de droga.⁶ Según cifras oficiales, más de cuatro mil personas —otras fuentes apuntan a ocho mil— han sido asesinadas en operaciones antidroga desde que Duterte es presidente. La Corte Penal Internacional ha iniciado una investigación al respecto, pero ello no ha impedido que el presidente de Sri Lanka, Maithripala Sirisena, animado por el ejemplo de su homólogo filipino, anuncie que empezará a ahorcar a traficantes, acabando así con casi medio siglo de moratoria sobre la pena capital.

A lo largo de la última década, la «guerra de la droga» librada en México se ha saldado con las vidas de 230.000 personas (13.000 solamente en 2011).⁷ En 2018, más de 130 candidatos y militantes de partidos que se presentaban a las elecciones del 1 de julio fueron asesinados durante la campaña electoral, probablemente por su posicionamiento en contra de los cárteles de la droga.⁸ Andrés Manuel López Obrador, el recién elegido presidente que hizo campaña contra la corrupción, va a tener que trabajar muy duro.

En Birmania, la ganadora del premio Nobel de la Paz Aung San Suu Kyi guardó un culposo silencio durante los sanguinarios pogromos y la limpieza étnica perpetrados contra los musulmanes rohinyá (6.700 muertos en un solo mes en 2017, según Médicos Sin Fronteras).⁹ La guerra de Afganistán, la más larga de la historia de Estados Unidos, prosigue, y en ella han muerto decenas de miles de personas. En Irak tampoco reina la paz. La Primavera Árabe, que tantas esperanzas hizo albergar a muchos, ha tenido un final desastroso: en Túnez, donde empezó todo, después de nueve gobiernos y pocos cambios relevantes, el pueblo no ha visto mitigado su descontento. En Egipto, la sanguinaria dictadura liderada por Abdelfatah el Sisi (apoyado por Occidente y elogiado por Trump) hace que extrañemos al anterior dictador, Hosni Mubarak. En Libia, a pesar de la intervención «humanitaria» occidental, o debido a ella, los enfrentamientos civiles han hecho

trizas el país. Siria, después de haber sufrido una cifra de bajas extraordinaria (poco menos de medio millón), se halla, mientras escribo estas líneas, con el régimen de Al Asad todavía en el poder, en lo que se espera que sea la última etapa de una espantosa guerra civil. Y, en Yemen, el vecino régimen saudí está librando una guerra despiadada con el resultado de una crisis humanitaria de proporciones gigantescas.

En Occidente pensamos que los terroristas islámicos matan mayormente a occidentales. No es así. Los musulmanes han asesinado a muchos más miembros de su propia religión. Los países más perjudicados por este terrorismo son Irak, Afganistán, Pakistán, Nigeria y Siria. En Nigeria, el yihadista Boko Haram ha asesinado a decenas de miles de personas y desplazado a 2,3 millones de ellas de sus hogares. Incluso ha puesto en el punto de mira a mezquitas «moderadas», como la de Kukawa, donde en julio de 2015 murió casi un centenar de personas. Entre 2003 y 2017, según el Portal sobre Terrorismo del Sur de Asia (SATP), la violencia terrorista en Pakistán se cobró casi 63.000 víctimas.¹⁰

En octubre de 2017, el grupo terrorista Al Shabab mató a trescientas personas en Mogadiscio, Somalia, utilizando un camión bomba. La noticia fue relegada a la sexta página del *Financial Times* y a la décima del *Daily Mail*. Comparando esta pobre reacción mediática con la respuesta al ataque terrorista perpetrado el año anterior en la discoteca Bataclan de París, la novelista británico-somalí Nadifa Mohamet escribió:

Londres, la ciudad que me educó, no ha conmemorado esta atrocidad igual que lo ha hecho con las sufridas por otras ciudades occidentales: ni banderas a media asta, ni el London Eye iluminado con los colores azul y blanco de la bandera somalí, ni siquiera un tuit de [el alcalde] Sadiq Khan.¹¹

Un mes después, un grupo de militares armados mató a más de trescientos fieles, entre ellos 27 niños, durante un viernes de plegaria en la mezquita de Rawda, en Sinaí del Norte, Egipto. El 28 diciembre de 2017, un ataque suicida con bomba perpetrado en Kabul mató a 41 personas e hirió a centenares de ellas, pero, al día siguiente, el

atentado apenas fue mencionado en la página web de la BBC: la noticia de cabecera fue un incendio declarado en Nueva York en el que habían perdido la vida doce personas.¹² Puedo seguir enumerando más casos: en julio de 2018, un terrorista suicida asesinó a por lo menos 128 personas durante un acto de campaña electoral en el suroeste de Pakistán, y, de nuevo, la cobertura ofrecida por los medios occidentales fue mínima. Y mientras el asesinato de cincuenta musulmanes cometido por un terrorista de extrema derecha en Nueva Zelanda (el 15 de marzo de 2019) tuvo una amplia cobertura, la matanza de cien pastores fulanis (todos ellos musulmanes) perpetrada en el mismo período en el centro de Mali apenas trascendió. Los síntomas mórbidos proliferan en Occidente, pero la situación es mucho peor en el resto del mundo.